#### XI

## Almas perversas.

Desde el domingo que había pasado en compañía de Alejandra y Susana, Marcial se habia vuelto muy galante, cariñoso y bueno, con la encargada de Carolina Ramel.

No le reconocía.

Se mostraba con ella lleno de atenciones y de cuidados.

—Vaya, tu no sabes lo que valgo—la decía.—Ya verás el porvenir.

Su negocio marchaba viento en popa. Cuando ella le preguntaba, con desconfianza para ponerse en guardia, Marcial decía:

Lo sabrás todo.

-¿Cuándo?

-Mañana ó esta misma tarde.

El jueves que siguió á la reconciliación, el doncel la declaró:

-Todo va á terminarse.

¡Ah! no había perdido el tiempo.

No habían trascurrido veinticuatro horas desde el momento en que Susana le había hecho las confidencias que el quería, cuando ya tenía un plan muy madurado.

En los días sucesivos habia preparado la eje-

eución. Era muy sencilla.

No se necesitaba hacer grandes esfuerzos de imaginación.

Bastaba con llevar á la hermosa Susana á Enghien, á la villa del americano de Chicago, que seguía en la capital de las praderas ocupándose de sus negocios, es decir de sus inmensas matanzas de cerdos, de las cuales no podemos tener idea en nuestro país, de sus mortandades y de sus salazones.

Aqui seguimos con los holocaustos diarios

y necesarios.

Allí es una carnicería sin fin, el suplicio incesante y verdaderamente terrorifico.

Las victimas de uno de esos industriales— y perdonen la comparación—se cuentan anualmente por cientos de miles.

No se trata de aprovisionar á los compa-

triotas.

Se abastece á las islas, á los continentes, al universo entero, desde un extremo al otro, inundándole con sus «productos».

Sam Krocker, el amigo de la bailarina del Olimpia, de la pálida querida de Marcial, era un tipo esencialmente original y práctico.

Le gustaba París, pero prefería á Chicago. En París gastaba los dollars con la esplendidez de un millonario.

En Chicago los recogía á espuertas.

El excelente Marcial gozaba durante su

ausencia de un bienestar completo.

Reinaba como dueño en la villa de Enghien, bajo el ojo vigilante del jardinero del opulento yankee, que pagaba las comodidades de los dos jóvenes.

Todas las semanas, el excelente Marcial iba á pasar dos ó tres noches á aquella villa, extraordinariamente confortable, en compañía de Fani, que cada día estaba más enamorada de su amigo de la calle de Provenza.

Para aquella pobre histérica, para aquel ser débil y enfermizo, era una locura, un delirio, aquel hombre.

Si Marcial la hubiese puesto un cuchillo en la mano, diciéndola: «Hiere al primero que pase, para divertirme», lo hubiese hecho inconscientemente, tan solo por obtener una sonrisa de aquel sátrapa sin un céntimo.

El jardinero les sonreia, como si se tratase de esos niños que se divierten alegremente y

gozan de su juventud.

Pero en cuanto que habian franqueado el dintel de la puerta de la verja para dirigirse á París, refunfuñaba entre dientes, al mismo tiempo que regaba los macizos:

-Reios, divertios cuanto queráis, queridos míos, porque la bromita se os acabará un día

de estos.

En el bodegón de su madre, el comisionista sin comisiones se habia vuelto excesivamente burlón. Gozaba en molestar á Buscare pidiéndole noticias de su bretona.

—¿Sigues sin saber nada? Creia que tenías más olfato. Sin embargo, no creo que sea tan difícil de encontrar.

El gascón le preguntaba:

—¿Sabes algo? —¿Grave? Sí. —¿La has visto?

-Es posible.

-¿Y te la guardas para tí, como dijiste?

-;Claro!

Era una lucha de todos los momentos, en la cual, Buscare, se deshacía por no llevar la mejor parte. Había llegado á cobrar rabia á aquel malhadado vástago, perezoso, egoista, vago y, digamos la palabra, «canalla», en el cual florecía por completo la colección de vicios que distingue hoy en el mundo de las mujeres algo libres á los matones.

A veces, Marcial, gozaba picándole como los tábanos y las moscas borriqueras que se ceban en los caballos al atravesar un bosque.

Le daba una infinidad de detalles sobre la joven, que permanecía perdida para él desde

que había salido de Landeron.

Tenía los ojos más bonitos del mundo, de un azul magnifico, los cabellos de un rubio de oro, un talle admirable; en una palabra, era el conjunto de todas las maravillas.

— Y está á dos pasos, mi querido Buscare; no tenías más que extender la mano y co-

gerla.

El gascón le hubiese matado.

Llegaba al último grado de la exasperación. En vano había seguido los pasos á Marcial; en vano le había espiado, empleando días y noches enteras, con la misma paciencia que un pescador de caña ó un cazador de espera.

Por más que le decía que aquella joven representaba para ellos una fortuna que dejaría escapar por querer acapararla toda para sí, Marcial se contentaba con contestar de una manera burlona y enviarla á paseo con palabras que demostraban una falta absoluta de respeto y de cariño de familia.

-Chinchate... Aviva el ojo...

O bien:

-Limpiate.

Otras veces se ponia gracioso y empleaba esas palabras y bromas tan naturales en los raterillos de París.

La enorme tendera solía decir á la madre, á cual se le caia la baba saboreando las gracias de su hijo:

-Ese tunante es graciosísimo.

Casi todas las noches la encargada de Carolina Ramel llevaba á Susana á cualquier salón de bicicleta—porque en todos los barrios de Paris los hay,—y el excelente Marcial no dejaba nunca de asistir y de prodigar á Susana toda clase de consejos, escuchándole con cierto placer, aparente por lo menos.

Además, desde que habia recibido la carta de Pedro Kerdaniel no vivia más que por dentro, digámoslo así.

Su destino no estaba ya fijado?

¿Qué tenía que esperar más que la realización de sus compromisos?

Seguía trabajando, pero era fácil comprender, tan sólo con verla en el taller, que se habia operado en ella un cambio radical, cuyas causas nadie conocía.

La dueña, á quien nada escapaba, atribuía aquel cambio á la fatiga, y decía afectuosamente á su protegida:

—¡Descansad! No queráis adelantar tanto. Susana no desplegaba ya la actividad febril que empleaba antes en la confección de los sombreros.

Siempre amable é irreprochable, se notaba en ella cierta dejadez, que sus compañeras atribuian al aire viciado de Paris.

Se explicaban las causas con suposiciones

que les parecian muy naturales, y que, sin embargo, no eran halagüeñas para la corporacion de modistas en general y para Susana en particular.

-¡Tiene alguno, querida mia!

-No es posible!

-¿Y por qué no? Con sus paseos en bicicleta y sus fugas del domingo... habrá hecho algún conocimiento.

-¡Tenia que suceder!

—Con tal que haya tropezado con un tipo que valga la pena.

Pobre Susana!

No pensaba en las conquistas.

Era de esas mujeres que tienen bastante con una para toda la vida y que una vez que han

dado su palabra no la retiran nunca.

Si estaba pensativa, indiferente á los cumplidos que la dirigian, á las miradas apasionadas, era porque no tenia que esperar nada ni de su trabajo, ni de su belleza, que queria ignorar en su inocencia, ni de la protección de su generosa maestra, ni de los adelantos que hubiese podido obtener en aquella casa, donde tan á gusto estaba y que tenia que abandonar.

¿Cuándo?

No se habia fijado época.

En una palabra; ya no tenía voluntad.

Esperaba las órdenes de aquel que al llegar á ser su marido, seria su consejero, el director de sus actos, su guia y su amo.

Además muy á menudo se preguntaba si no era el juguete de un sueño, de una alucinación, y tenia que tocar con las manos la pre-

ciosa carta para asegurarse de que no se equivocaba y que se llamaría dentro de poco la baronesa de Kerdaniel.

¿Qué dirían el señor Kergoz y los pescadores de Landeron?

Ella, Susanita, baronesa.

Baronesa pobre, es cierto, con un marido enfermo, retirado á los veintisiete ó veinticocho años, dueña de una casa casi ruinosa que se sostenia en pie por la fuerza de la costumbre, y al genio bienhechor que protege á los antiguos edificios y les impide derrunbarse á los primeros soplos de los vientos del invierno y de los huracanes del mar.

Por la noche era cuando salia de su sopor

al dirigirse al salón.

Allí el movimiento la aturdía y la arrancaba de sus pensamientos.

Y maliciosamente, cuando su buen humor

se sobreponía, se decia:

—Esto me servirá en Kerdaniel para salirá paseo, puesto que seremos pobres para poder tener un cochecillo.

No era ambiciosa, no tenia ni un átomo de esta pasión baja y vil que se llama envidia.

Pero impedid à una juventud de diez y ocho años, que pasa la vida en los lujosos almacenes enterrada en sedas y flores, entre las señoras y señoritas de la más alta nobleza y de la banca y de la burguesía, ésta última tan rica como las anteriores castas, que dirija una mirada á las riquísimas tolettes, á las cabezas bonitas, á los suntuosos carruajes, y que se diga:

-Quién sabe... Yo también podré gastar

coche...

Llegó el viernes.

Susana, al salir del taller, encontró á Gui-

rec que la estaba esperando en la calle.

Se habia quedado un poco tiempo más que las otras para terminar un trabajo urgente, y en seguida se habia marchado sin prisa, bajando la escalera con lentitud.

Guirec al verla la dijo:

-¡Ah! sois vos, señorita; creia que no ibais á llegar nunca.

-¿Habeis concluido vuestra tarea?

—Ší.

-¿Y en qué empleais la velada, Guirec?

—Pues en lo de siempre; me voy á dar una vuelta y luego me meto en la cama. ¿Y vos, Susana?

--¡Oh!--dijo--lo primero que hago es irme

á casa...

-¿En seguida? -Derechita.

-La noche no puede estar más hermosa...

Un paseito ahora no...

-No, Guirec. Debo deciros que estoy esperando noticias...

-¿Del pais?

La joven añadió en seguida:

—De nuestros amigos de Landeron... del señor Kergoz, que es un hombre excelente...

—Sí, sí.

-Y de mi madre...

No podia decir que lo único que la interesaba era la respuesta á la carta que habia enviado á Kerdaniel.

-El que no ha tenido suerte ha sido el se-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERNITACIA
ALTONIA DE YEAR

norito Pedro. ¡Tenia un porvenir tan brillante!—prosiguió diciendo Guirec, que seguia acompañando á su paisana, muy contento por poder hallarse á su lado un poco tiempo.

Un granujilla que se hallaba delante de una tienda viendo cómo bajaban las puertas metálicas, al ver á la pareja, no pudo menos de exclamar picarescamente:

—¡Ese tiene mejor distracción que yo! ¡Vaya una hembra! ¡Relámete, picarón!

Guirec no pudo contener la risa.

Se hacia ya parisiense y su aprendizaje no habia sido largo.

Dijo á su compañera:

—Ahí tenéis un muchacho que os encuentra muy de su gusto, lo cual ocurre á cuantos os ven.

Y cambiando de conversación, preguntó:

-¿Tanto os divierte la bicicleta, que no dejais de ir ninguna noche al salón á pedalear con la encargada?

-¿Cómo sabéis?....

—s1. —¿Cómo?

—Voy á deciros... Como que no tengo nada qué hacer, en cuanto que se cierra el almacen me voy á pasear por los alrededores de vuestra casa... ¿Dónde quereis que vaya?... No conozco á nadie... Me paseo y suele suceder que os veo volver muy colorada y bañada en sudor... Temo que os pongais mala, que pesqueis una pleuresía.

-No tengais cuidado... soy muy fuerte.

Guirec continuó:

-Y además hay otra cosa...

—¿Ei qué?

—Por la noche, un poco tarde, pueden tenerse malos encuentros...

-Venimos dos.

—Aun hay más... En esos salones parece ser que hay tipejos que valen muy poquísimo. —Sí, pero con la señorita Alejandra...

-¡Oh! lo que es yo no me fiaría mucho en

ella.

-Es muy buena y complaciente.

—Sí, para agradar á la dueña... Pero si crecis que os profesa cariño...

-¿Y por qué no?

-Porque tiene envidia.

-¿Envidia de mí?

-Si

—Estad tranquilo, querido Guirec; demasiado sabeis que soy formal, que tengo buena cabeza...

-Sí, muy buena.

—Y no me harían hacer lo que no quisiera. Llegaban en aquel instante á la puerta de la casa de Susana.

Se estrecharon la mano.

Guirec preguntó:

—¿Vais á salir?

Precisamente en aquel momento la portera vió á su inquilina y la dijo:

-Teneis una carta de vuestro país.

La señorita Alejandra llegó al portal, perfectamente vestida, con los guantes puestos, con un precioso sombrero colocado graciosamente sobre sus rizados cabellos; una cabeza de verdadera parisiense, fina y graciosa, y preguntó á la aprendiza: -¿Iréis á buscarme luego?

-Creo que no.

-Sin embargo, os esperan...

-No; mañana iré; estoy muy cansada.

-Bueno, sea; hasta mañana.

La encargada se alejó muy de prisa, como la mujer que después de haber perdido mucho tiempo quiere ganarlo, mientras que Guirec por su parte se marchaba por otro lado pensando:

—Es demasiado confiada y pudiera ocurrirla alguna desgracia con esa embustera... Es capaz de todo; pero yo velaré por ella...

La embustera era Alejandra.

La palabra era poco halagüeña; pero se tienen antipatías, y las de Guirec por la encargada no podían ser ni mayores ni más justas.

Quizás fuese porque acaparaba á su amiga, privando al pobre muchacho algunos ratos de charla y de aquellos paseos quo derramaban en sus venas un bálsamo bienhechor.

Susana estrechaba enérgicamente contra su pecho la carta que acababan de entregarle.

Cuando entró en su cuarto la leyó ávidamente.

## «Mi adorada Susana:

»¡Cuán agradecido os estoy por vuestra respuesta!

»Es la misma que mi corazón esperaba.

»¿De modo que es un hecho?

»Sois mi prometida ante Dios, esperando que seais mi mujer ante los hombres.

»¡Si supiéseis hasta qué punto soy feliz des-

de que he recibido vuestro consentimiento, que no me atrevía á esperar, sería para vos la recompensa de tanto sacrificio!

»Para qué deciros más.

»Creo conoceros muy bien, mi querida Susana.

»Sois la bondad misma, la generosidad, el desinterés; del mismo modo que sois la gracia, el encanto y la dulzura encarnados.

»También me conocéis.

»Pertenezco á una raza que ha tenido como un deber el cumplir su palabra.

»Os hago el juramento de no tener en adelanto más que un objeto y es el de haceros feliz.

»Este compromiso no me cuesta nada.

»Hace ya muchos años que no tengo otro deseo.

»En vos pensaba cuando estaba entre mis compañeros, ó mejor dicho, mis hermanos del regimiento.

»El capitán Plesis os lo dirá, y podéis tener

fe en él.

»Tiene un corazón excelente.

»Si no os he contestado antes, es porque era incapaz de pensar y de escribir.

» Me entregaba por completo á la alegría que

me ha proporcionado vuestra respuesta.

Un compañero mío que está convaleciente en Quimper, de unas fiebres que ha cogido en el Senegal, y que le tendrán postrado mucho tiempo, me ha rogado que fuese á verle, y he estado allí dos días.

»El médico que le cuida es un hombre muy modesto, que me ha parecido muy instruido. »Le he consultado y me ha devuelto un poco de ánimo.

- »Según él, mi situación no es desesperada y no necesitaré más que unos cuantos meses para reponerme, y estar tan fuerte como antes.
- »—Nosotros, los bretones— me ha dichopertenecemos á una raza de hierro. Cuando no morimos en el acto, nos reponemos con gran facilidad.
  - »Y añadió sonriendo:
- >—Os aseguro que antes de un año estaréis completamente repuesto.

»-¿Qué tengo que hacer, doctor?

»-Nada.

»¡Si tuviese razón, mi querida Susana!

- »Nos separamos siendo los mejores amigos del mundo.
- » Está en muy buena posición, y me ha prometido venir á verme en la primavera próxima.
- »A mi regreso me detuve al pie de los acantilados de Landeron.

»Fué ayer, sobre las seis.

»Me detuve sobre la roca de la Fleuse un momento, y me acordé de una tarde de verano en que á la luz de las estrellas ví en el agua verde del Océano una especie de sirena que flotaba, tan blanca como la nieve, sobre un lecho de esmeralda.

»¡Qué hermosa estaba en su desnudez, creyéndose lejos de todas las miradas!

»¡Qué bien se dejaba llevar y mecer por las olas que la cubrían de espuma!

»La marea estaba bajando.

»Poco á poco fué alejándose por entre las rocas que salían á la superficie.

»Pero no temía por ella. »La había reconocido.

»Erais vos, Susana, el hada de Landeron, á la cual los pescadores trataban como á una reina; aquellos hombres rudos y pobres no tenían más que sonrisas y caricias, como aquel mar en cuyas aguas tanto os gustaba sumergiros.

»No olvidaré nunca aquel espectáculo.

»Cuando me marché de la roca, estaba muy emocionado tan solo en pensar que aquella hada me pertenecía.

»Entré en casa del amigo Kergoz. »Le he encontrado muy cascado.

»Me tendió la mano, y sus primeras palabras fueron estas:

»-Mi teniente, ¿venís de París?

»—Sí, ya hace unos dias que estuve alli. —Habéis visto á nuestra Susana?

»—Ší.

» -¿Qué tal está? ¿No es desgraciada?

- »—No... Está en vías de hacer carrera... Ha encontrado una protectora que no la abandonará.
  - »—Gracias á vuestra madre.

»-Os lo ha escrito?

»—Más de una vez. ¡Pobre Susana! ¿La tenéis cariño?

»-Mucho.

-Y hacéis bien; esa joven es un tesoro.

»Ya comprenderéis, Susana, que yo no tenía interés en contradecirle.

»Tentado estuve de contarle mi secreto; pero me contuve. »He creido que debia esperar aún.

» Además, entraron en aquel momento unos pescadores y me dirigieron una infinidad de preguntas referentes á vos.

»No he podido conversar con el señor Ker-

goz de cosas íntimas.

»Estoy seguro que todos los pescadores se alegrarán muchísimo cuando sepan vuestro

regreso.

»El señor Kergoz ha añadido al mismo tiempo que se acariciaba la barba, después que le entregué el dinero que me disteis y que me hube despedido:

»—Tengo en la cabeza una cosa que me atormenta y que tengo que deciros un día de estos. ¿Vendréis á verme, señorito Pedro?

»—Ší, sí.

»Veo perfectamente que se va acabando y que teme irse al otro mundo con un secreto que le molesta.

»¿Qué secreto será?

»Me hacía esta pregunta, cuando me dijo presentándome la mano:

»-Se relaciona con ella; pero no corre gran

prisa.

»Cuando llegué à Kerdaniel, me encontré con un telegrama que me llama à Paris para fines de semana.

»¡Hasta muy pronto, Susana mia!

»¡Con cuánto gusto voy á veros para deciros desde muy cerquita lo que os escribo desde tan lejos!

siOs amo!

»Pedro.»

En el momento en que Susana acababa la lectura de esta carta, la señorita Alejandra llegaba á la esquina de la calle de Boissy d'Anglas y del faubourg Saint-Honoré.

Se vió detenida de repente por un joven,

que la cogió del brazo y la preguntó:

-¿Y Susana?

-Še ha quedado en casa.

-Mejor.

La encargada contestó:

—Creo que no estás contento más que cuando la diriges piropos, á los cuales no hace ella el menor caso.

Marcial se sonrió fatuamente.

Conocía su influencia sobre el sexo débil.

—Perfectamente; pero esta noche me alegro infinito que no hava venido.

-¿Por qué?

-Porque tenemos que hablar.

-;Bah!

—Y muy en serio, te ruego que lo creas. La encargada se encogió de hombros.

—¡Ah!—dijo.—Por lo visto, esta noche tengo que conocer el magnífico negocio que traes entre manos...

-Precisamente.

-... el encuentro que puede producirte millones.

Marcial permaneció imperturbable. Poniéndose un dedo en medio del pecho, declaró:

-Y que será para mí solito...

-Te aseguro que me alegraría verlo.

-Pues lo verás, gacela mía.

—¿Dónde vamos?—preguntó al notar que se alejaban del salón.

—A cualquier parte, debajo de los árboles de los Campos Elíseos. Allí estaremos tranquilos.

Alejandra cedió.

Los buenos días de los cafés-concerts tocaban á su fin.

Se oía música por todos lados, y los árboles

tenían aún casi todas sus hojas.

Y sin embargo se veia que la estación agonizaba. El airecillo del otoño enfriaba la atmósfera.

—Démonos prisa—dijo la modista.—Me es-

toy helando. ¡Brr! —Seré breve.

En seguida abordó el asunto.

Te he hablado de un casamiento—dijo.
Sí; pero no creo ni la primera palabra de

semejante fábula.

- —Haces mal.

  —He conocido una infinidad de planes y de proyectos tuyos. ¿Y á qué han ido á parar siempre?... A esta frase eterna: «Puedes pretarme diez luises?» Cuando no pides más que cinco, eres modesto.
  - -¿Cuánto te debo?

-En junto?

-Sobre poco más ó menos.

—Cerca de nueve mil francos, y te aseguro que en doce ó quince meses es darse prisa.

Marcial rectificó:

—Diez y ocho.

—Sea. Si pudieras devolverme la mitad, me contentaría y te daría las gracias.

-La mitad-dijo con desprecio.

-0 la tercera parte, lo mismo me daba.

Marcial movió la cabeza y se atusó el bigote.

—Querida—dijo, sé demasiado el concepto que tienes formado de mí...

-Te aseguro que no es muy bueno.

—Puedes creer lo que quieras; pero te aseguro que harás un buen negocio... sí, lo harás. —¿Cómo?

—¿Dices que te debo nueve mil francos?... Pues no te devolveré ni la mitad, ni la tercera parte, sino el doble, el triple.

Se paró bruscamente debajo de unos corpulentos árboles á orillas del paseo de asfalto que

sube hacia el arco de la Estrella.

—Las buenas cuentas hacen los buenos amigos—dijo.— De modo que vamos á convenir la cantidad. Te devolveré el triple, ó en números redondos y para no andar con picos, treinta mil francos.

Alejandra se sonrió burlonamente y dijo:

— Mira, no hagas castillos en el aire. No me
gusta.

-Te aseguro que te hablo muy en serio.

-¡Charlatán!

-¡Palabra! Pero tienes que ayudarme.

-¿Cómo?

-De una manera muy sencilla.

—A tres ó cuatro pasos, un paseante escuchaba escondido detrás del tronco de un árbol. Era Guirec.

Sí. Guirec que apretaba fuertemente entre sus manos el garrote que había llevado de Bretaña.

El y su estaca eran dos compañeros tan fieles que no se separaban nunca en cuanto que llegaba la noche, y muchas veces durante eldía. Guirec quería mucho á su compañero.

Cuando le tenía amorosamente cogide debajo del sobaco izquierdo, junto al corazón, le parecía que las orquestas del Horloge ó de los Ambassadeurs tenian el sonido de la gaita de Bretaña, y que los perfumes de las mujeres con las cuales se codeaba en la sombra, le recordaban las algas y los olores salinos que la ola lleva á la nariz de las gentes de mar.

Guirec había reconocido perfectamente á la encargada y al tipo que ya había encontrado con ella dos ó tres veces.

A Guirec le gustaba pasearse. Es un pasatiempo inocente.

En cuanto estaba libre, empezaba á dar vueltas, y si encontraba á alguna persona conocida, la seguía sin meter ruido.

Quizás porque gustaba rozarse con todo lo que con Susana se refería.

Al verla á la puerta de su casa, había seguido los pasos de la encargada, que salía.

¿Por qué se le ocurrió que Marcial, cuyo nombre ignoraba, y la tal Alejandra, hablaban de ella?

Puede ser inexplicable, pero así fué.

Todas las fuerzas de su imaginación, todas las de su enérgico ser, se concentraron para tratar de oir la palabra que iba á salir de los labios del individuo.

Guirec la oyó.

Marcial pronunció muy claramente:

-Esa Susana...

Pero esto fué todo cuanto el pescador pudo oir.

Alejandra y su compañero se dirigieron á otro lado, y el buen Marcial, que no era tonto, sabía perfectamente que no se pueden echar palabras al viento en un sitio donde hay tantas oídos.

Además se alejaban, y como iban muy despacio por el asfalto, no había medio de seguirles sin ser visto, y aunque hubiera podido hacerlo, no hubiera oido ni palabra de lo que decían.

Guirec les siguió, sin embargo; pero de lejos, escondiéndose en los árboles.

Marcial y Alejandra parecían entenderse perfectamente.

El joven al cual la tendera denominaba con el nombre de «espejo», desarrollaba sus planes, que recibian la aprobación de su compañera.

Era fácil de ver.

Alejandra inclinaba de cuando en cuando la cabeza como para dar su consentimiento, y poco á poco su rostro se habia ido alegrando.

Evidentemente la sola idea de volver à recuperar el dinero que Marcial le habia saqueado, la hipnotizaba.

Parecía al ver el brillo de sus ojos, y por los movimientos de sus crispados dedos, que tenía ya los fondos en su poder, sus nueve mil francos, aumentados con la prima enorme que el joven é interesante bandido acababa de ofrecerla.

Hablaron mucho tiempo debajo de los árboles y no se separaron hasta que las músicas fueron dejando de togar.

Casi al mismo tiempo, las luces de gas se apagaron, y los paseos del espléndido jardín quedaron en la más profunda oscuridad. Esto fué una verdadera suerte para el expescador de Landeron.

Con el ardor del cariño que profesaba á Susana, comprendía que habia en aquella conversación un peligro para ella.

Hacia mucho tiempo que deploraba el verla tan encariñada con Alejandra á la cual por instinto no quería.

Y aquel descontento se había aumentado desde que había visto que Marcial las acompañaba en sus paseos.

Pero qué hubiera podido decir y hacer?

¿La señorita Alejandra, no era como una verdadera autoridad en el almacen?

Preciso es decir que justificaba su posición por un valor real, un arte exquisito y unas manos para el trabajo que muy pocas podían igualar.

En una palabra; la encargada de la señora Ramel era una artista con ribetes de mujer de negocios.

París es grande, pero se encuentran pocas mujeres como ella.

El pobre muchacho no podía luchar con ella.

Esperó en la sombra á que volvieran, y cuando pasaron, tuvo la suerte de oir estas pocas palabras que pronunciaron debajo de los últimos árboles y cerca de la plaza de la Concordia.

-¿Estamos conformes?

-Por completo.
-¿El domingo?

-Sí.

—¿Nos la llevarás?

—A Enghien.
—¿Por la noche?

Guirec no pudo oir más que algunas palabras que terminaban frases: Villa... orillas del lago... jardines... fiesta...

Y sin embargo, aguzaba el oído cuanto podía. Por fin, Alejandra, dijo para terminar:

—¡Queda convenido! —Y no digas palabra.

Marcial, añadió en el momento de separarse de la encargada:

—Yo me encargo de todo... Te había dicho que se trataba de una fortuna.

-; Es posible!

-¿Aun desconfías?

-Es que aún no la tienes.

-Ya veremos...

-Hasta el domingo.

-Buenas noches.

-Adiós.

Alejandra bajó por la calle Royale.

Su compañero siguió por la de Boissy d'Anglas, para dirigirse á su guarida de la calle de Provence.

Guirec le seguía á distancia, al mismo tiempo que acariciaba á su garrote.

¡Si no hubiese temido más que á la justicia de Dios!

No sabía lo que el bandido forjaba, pero de-

hia ser algo muy odioso.

—Paciencia—murmuraba, al mismo tiempo que Marcial desaparecia por la puerta del bodegón.—Toca á uno de sus cabellos, bandido, y te aseguro que te diviertes. Algunos momentos después, Alejandra, cuya conciencia no estaba-muy tranquila, hallábase en su casa y á dos pasos de la puerta de Susana.

Se paró un momento y escuchó.

No ovó ningun ruido.

La futura baronesa de Kerdaniel, despues de haber leido y releido diez veces la carta, se había quedado dormida, estrujándola contra su pecho.

#### XII

# Consulta de amigos.

Aquel mismo dia, por la tarde, habían tenido lugar dos hechos completamente distintos.

El castillo de Breville está edificado muy cerca de la verja del parque, que no es muy extenso, y que por la parte posterior tiene vistas

á una magnifica huerta.

Allí era donde el barón Panel iba á fumar algún cigarrillo que otro, al mismo tiempoque se paseaba por la huerta, acabando siempre por irse al campo á contemplar los hermosos bueyes que pastaban en los verdes y floridos prados.

En el campo, aquellos á quienes gusta, viven muy bien.

¡El correo! ¡Oh! ¡el correo! Nunca llega para

aquellos que le están esperando.

El baron Panel se extrañaba de no haber recibido carta de su amiga de la Sobajere.

Aquel día, al mismo tiempo que miraba un euadro plantado de escarola, pensaba en su querida miss Redon.

¿Qué hacia?

¿Cómo se habría resuelto la cuestion entre aquella hija y aquel padre, al cual ella creia viudo y que no estaba más que divorciado?

¿Qué diria Juana al saber que su madre, á la cual creia muerta, vivia aún á muy pocos

pasos de ella?

A pesar le la opinion de su amigo Breville y de su fiel Fremon, que se hallaba recorriendo el país para buscar un rincon donde establecerse, el baron sentía no haber intervenido, aunque no hubiese sido más que para advertir á Juana del secreto, del cual una casualidad le habia dado la clave.

¿Qué sucedería cuando aquella casualidad, que no podia por menos de ocurrir para ella, la revelase quizás de una manera brutal el extra-

no secreto de su padre?

El baron Panel estaba muy preocupado. Y para decirlo todo, á su inquietud, á su melancolía se unía otra causa. Le mortificaba el silencio de su amiga.

¿Cómo había podido pasar cerca de ocho días

sin escribirle unas cuantas líneas? Le habia olvidado tan pronto?

Aquí llegaba en sus reflexiones, cuando el trote de un caballo le hizo volver la cabeza.

Era un criado de Breville, que tenía el encargo de ir á recoger la correspondencia á la estafeta más próxima del castillo.

El jinete llevaba una carta en la mano.

—Es para vos, señor baron—díjo.

-Trae.

El corazón del excelente hombre se dilató. Era de ella.